

recaer bajo la dominacion de sus primeros señores, aunque obstinadamente apegado á sus antiguas costumbres, é incapaz de desmentir las máximas de sus primeros reyes. No obstante que el Egipto conservase muchas cosas de sus antiguas costumbres en tiempo de los Tolomeos, fue tan grande la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas, que apenas se reconocia ya el antiguo Egipto.

Es menester no olvidarse de que los tiempos de los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la historia de los mismos egipcios. Hay suma dificultad para fijar la época en que reinó Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan bellos vestigios de sus combates. Tambien parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, á quien ni Herodoto ni Diodoro han nombrado. Su poder nos es mas conocido por los monumentos que dejó en toda la tierra, que por las memorias de su pais; y estas razones nos hacen ver que no puede creerse, como muchos creen, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades haya sido siempre tan exacto como lo suponía, pues que al mismo Egipto le vemos en una gran incertidumbre acerca de los tiempos mas brillantes de su monarquía.

CAPÍTULO IV.

De los asirios antiguos y modernos, de los medos y de Ciro.

El gran imperio de los egipcios está como separado de todos los demas, y no tiene con su historia una relacion tan íntima. Lo que nos queda que decir es mas correlativo, y se halla fundado en fechas mas precisas.

Tenemos sin embargo tambien muy pocas cosas ciertas tocante al primer imperio de los asirios; pero en fin, en cualquiera tiempo en que quiera fijarse el principio de dicho imperio, segun las diversas opiniones de los historiadores, se verá que cuando el mundo se hallaba dividido en varios estados pequeños, cuyos príncipes trataban mas bien de conservarlos que de acrecentarlos, Nino, mas emprendedor y poderoso que sus vecinos, fuélos conquistando unos tras otros, y estendió su poder á muy larga distancia por la parte del Oriente. Su muger, Semíramis, que unia, á la ambicion bastante comun á su sexo, un valor y una perseverancia sin ejemplo en los proyectos que adoptaba, supo sostener y llevar adelante los vastos designios de su marido, y acabó por formar aquella monarquía.

Era grande sin duda; y la grandeza de Nínive, que se la supone superior á la de Babilonia.

nia, lo prueba bastante. Pero como los historiadores mas juiciosos no creen que esta monarquía fuese tan antigua como los otros nos la representan, tampoco la suponen tan grande. Duraron demasiado tiempo los pequeños reinos de que se dice estaba compuesta para que fuese tan antigua ni de tanta extensión como el fabuloso Ctesias, y los que le han creído bajo su palabra, nos la describen. Es verdad que Platon, curioso observador de las antigüedades, dice que el reino de Troya en tiempo de Priamo era una dependencia del imperio de los asirios. Pero nada se lee de esto en Homero, quien, habiéndose propuesto ensalzar la gloria de la Grecia, no se hubiera olvidado de esta circunstancia; y puede creerse que los asirios eran poco conocidos por la parte del Occidente, en razón de que un poeta, tan sabio y tan solícito por embellecer su poema con todo lo que pertenecía á su asunto, no hace mención alguna en él de los asirios.

Sin embargo, según el cómputo que hemos juzgado más prudente, el tiempo del sitio de Troya era la bella época de los asirios, pues que entonces fue cuando Semíramis hizo sus conquistas: pero se estendieron solamente hácia la parte del Oriente. Los que pretenden ensalzarla mas, dicen que dirigió sus ejércitos por aquella parte. Tuvo una parte muy directa en los consejos y en las victorias de Nino para no seguir

sus designios, tan convenientes por otra parte á la situación de su imperio; y no creo que pueda dudarse de que Nino no se decidiese por conquistar la parte del Oriente, mediante á que el mismo Justino, que le favorece tanto como puede, supone que terminaron en las fronteras de la Libia las empresas que acometió por la parte del Occidente.

Ademas, no sé yo en qué tiempo Nínive hubiera podido estender sus conquistas hasta Troya viéndose tan poca apariencia en que Nino y Semíramis hayan comprendido nada semejante; y que todos sus sucesores, á contar desde su hijo Ninias, vivieron en tal molicie y apatía, que apenas ha llegado su nombre hasta nosotros, y que mas bien nos admira que su imperio haya podido subsistir, antes que creer que haya podido estenderse.

Sin duda que mas bien disminuyó en mucho este imperio con las conquistas de Sesostris; pero como estas fueron de tan corta duración y tan poco sostenidas por sus sucesores, es presumible que las provincias que tomó á los asirios, acostumbrados éstos desde mucho tiempo á su dominación, volvieron á ella naturalmente; de manera que aquel imperio se mantuvo en gran poder y en profunda paz, hasta que descubierta por Arbaces la molicie de sus reyes, por tan largo tiempo oculta en el secreto del palacio, Sardanápalo, célebre por sus infamias,

se hizo no solo despreciable, sino insoportable á sus súbditos.

Ya habeis visto los reinos que salieron de los restos de aquel primer imperio de los asirios, y entre otros el de Ninive y el de Babilonia. Los reyes de Ninive conservaron el nombre de reyes de Asiria, y fueron los mas poderosos. Su orgullo creció bien pronto y pasó de todo límite por las conquistas que hicieron, entre las que se cuenta la del reino de los israelitas ó de Samaria. No fue necesario nada menos que la mano de Dios, y un milagro visible para atajar su poder é impedirles que sojuzgaran la Judea toda en tiempo del rey Eccequías; y tampoco se supo qué límites podrian ponerse á su poder, cuando se les vió invadir un año, despues el reino de Babilonia, en el que la estirpe real habia faltado.

Babilonia parecia haber nacido para mandar en toda la tierra. Sus pueblos eran gente de genio y de valor. En todo tiempo cultivaron la filosofia y las bellas artes, y el Oriente no tenia mejores soldados que los caldeos. La antigüedad admira las ricas cosechas de un pais que la indolencia de sus habitantes deja en el dia sin cultura; y su abundancia la hizo mirar en tiempo de los antiguos reyes de Persia como la tercera parte de un tan grande imperio. Asi es que los reyes de Asiria, engreidos de haber acrecentado su monarquía con una ciudad tan opulenta concibieron nuevos proyectos. Nabucodonosor I cre-

yó su imperio indigno de él si no le añadía todo el universo. Nabucodonosor II, mas soberbio que todos los reyes sus predecesores, despues de sucesos inauditos y de sorprendentes conquistas, prefirió hacerse adorar como un Dios á mandar como un rey. ¡Qué obras no emprendió este hombre en Babilonia! ¡Qué murallas, qué torres, qué puertas, y qué recinto no se vieron aparecer como por encanto! Parecia que la antigua torre de Babel iba á ser renovada en la prodigiosa altura del templo de Belo, y que Nabucodonosor intentaba de nuevo escalar el cielo. Su orgullo, aunque abatido por la mano de Dios, revivió en sus sucesores. No podian sufrir en su derredor ninguna dominacion; y queriendo someterlo todo bajo su yugo hicieron insoportables á los pueblos vecinos. Esto hizo que se reuniera contra ellos, con los reyes de Media y los de Persia, una gran parte de los pueblos del Oriente. Su orgullo entonces cambiósé en crueldad. Como los reyes de Babilonia trataban inhumanamente á sus súbditos, pueblos enteros y los principales señores de su imperio se unieron á Ciro y á los medos. Babilonia, demasiado acostumbrada á mandar y á vencer, para temer á tantos enemigos coligados contra ella, mientras que se creia invencible, vino á ser cautiva de los medos á quienes pretendia subyugar, y pereció en fin, víctima de su soberbia.

La suerte de aquella ciudad fue bien estraña, porque pereció por sus propias invenciones. El Eúfrates hacia al poco mas ó menos en sus vastas llanuras el mismo efecto que el Nilo en las de Egipto; pero, para sacar mas partido de él, fuéles necesario mas arte y mas trabajo que los que el Egipto empleó para beneficiar sus tierras con el Nilo. El Eúfrates tenia un curso recto, y jamas salia de madre. Fue necesario hacer en todo el pais un gran número de canales para poder regar las tierras, cuya fertilidad se hacia inmensa con el auxilio de las aguas. Para romper la violencia de la impetuosa corriente del rio fue necesario hacerle correr por diferentes rodeos, y formar grandes lagos que una sábia reina revistió con una magnificencia increíble. Nitocris, madre de Labynithó, llamado por otro nombre Nabónides ó Balthasar, último rey de Babilonia, fue quien hizo aquellas grandes obras. Pero está reina emprendió otra obra mucho mas maravillosa: cual fue construir sobre el Eúfrates un puente de piedra, para poner en comunicacion las dos orillas de la ciudad, separadas por la inmensa anchura del rio. Para hacer esto fue necesario dejar en seco un rio tan rápido y tan profundo, sangrando sus aguas para conducir las á un inmenso lago que la reina habia hecho construir de antemano. Al mismo tiempo que se construía el puente, cuyos sólidos materiales estaban prepa-

rados, se revistieron de ladrillo las dos márgenes del rio hasta una altura asombrosa, dejando en ellas bajadas revestidas del mismo material y de una construccion tan sólida y hermosa como la de las murallas de la ciudad. La diligencia con que se desempeñó este trabajo igualó á su grandeza; pero una reina tan previsora no tuvo presente que enseñaba á sus enemigos el medio de tomar su ciudad. En el mismo lago que ella mandó construir fue donde Ciro volvió la corriente del Eúfrates, cuando desesperando de reducir á Babilonia ni por fuerza ni por hambre, se abrió por allí de los dos lados de la ciudad el paso que hemos visto tan señalado en los profetas.

Si Babilonia hubiera podido creer que era precedera como todas las cosas humanas, y una confianza insensata no la hubiera cegado, no tan solo habria podido prever lo que hizo Ciro, estando tan reciente la memoria de la obra que emprendió, sino que tambien guardando todas las avenidas de las aguas, hubiera podido inundar á los persas en el lecho del rio á su paso. Pero no se pensaba mas que en festejos y en placeres: ni habia orden ni un mando arreglado. Asi es como perecen no solo las plazas mejor fortificadas, sino tambien los mas grandes imperios. El espanto y la consternacion se introdujeron por todas partes: el rey impío fue muerto; y Jenofonte, que califica con este epi-

teto al último rey de Babilonia, parece designar con esta palabra los sacrilegios de Balthasar, que Daniél nos hace ver castigados con una caída tan sorprendente.

Los medos, que destruyeron el primer imperio de los asirios, destruyeron tambien el segundo; como si esta nacion hubiese debido ser siempre fatal á la grandeza asiria. Pero en esta última ocasion el valor y el gran nombre de Ciro hizo que los persas sus súbditos tuvieran la gloria de esta conquista.

En efecto, fue debida enteramente á aquel héroe que, habiendo sido educado bajo una disciplina severa y regular, segun la costumbre de los persas, pueblos entonces tan moderados como despues han sido voluptuosos, fue acostumbrado desde una edad temprana á una vida sóbria y militar. Los medos, en otro tiempo tan laboriosos y tan guerreros, y al fin tan muelles y tan corrompidos por la abundancia, como siempre sucede, tuvieron necesidad de un general como Ciro, quien se sirvió de sus riquezas y de su nombre, siempre respetado en Oriente; pero poniendo la esperanza del suceso en las tropas que trajera de Persia. En el primer combate fue muerto el rey de Babilonia, y los asirios derrotados. El vencedor desafió al nuevo rey; y dando muestras de su valor, se adquirió la reputacion de un príncipe clemente que economiza la sangre de los súbditos. Unió la política

al valor. Temeroso de arruinar un pais tan bello, que miraba ya como conquista suya, hizo respetar á los labradores de una y otra parte. Supo despertar los celos de los pueblos vecinos contra el orgulloso poder de Babilonia, que iba á invadirlo todo; y en fin, por la gloria que se habia adquirido tanto por su generosidad y por su justicia como por la venturosa suerte de sus armas, habiéndoles reunido á todos bajo sus estandartes, con tan poderosos auxilios sometió aquella vasta estension de tierra de que formó su imperio.

Por este medio se levantó esta monarquía. Hízola Ciro tan poderosa que no podia menos de acrecentarse bajo sus sucesores. Pero para comprender lo que la perdió, no es menester mas que comparar á los persas y los sucesores de Ciro con los griegos y sus generales, y sobre todo con Alejandro.